



MARIANA SÁNDEZ
FALSO NOCTURNO

IMPEDIMENTA

Último vuelo a París, alguien pudo.

A esa altura, la protesta colectiva se había vuelto un calambre del aire. La gente se acercaba a los mostradores con preguntas, una nube imprecisa de reclamos, repetía palabras puntuales: avería técnica, fuerza mayor, imposibilidad climática. Aunque yo intentaba leer, solo avanzaba y retrocedía sobre el comienzo de un mismo párrafo de *En el castillo de Argol*, de Julien Gracq. De pronto, una voz se destacó a mis espaldas, habló más alto, comentó el caso de alguien que había podido volar por cambiarse de aerolínea: tomó el último vuelo a París, justo después las fronteras se cerraron. Retuve la señal como quien captura en la mano una luciérnaga encendida y la observa titilar en la oscuridad del puño hasta que compone un mensaje. Cuando levanté la frente y volví a mirar el mundo aturdido del aeropuerto, algo adentro mío se había desplazado.

Intervine en la conversación ajena, pregunté a la voz anónima:

—Disculpe, señor, no pude evitar oír, ¿a qué hora fue, en qué avión?

Mientras mi propia voz me condenaba: Estás loca, Charo. Ni se te ocurra.

No sobraba tiempo, los altavoces se pronunciaron. Instintiva, naturalmente, pude haberme ido con los que se dispersaron en taxis o en autos personales a las casas de sus parientes; lo lógico habría sido llamar enseguida a P, a J, a R, habrían venido corriendo a buscarme. Habrías hecho lo adecuado. Sin embargo, yo no, en absoluto convencida me uní a las otras soledades cabizbajas en la fila del *vuelo 787 cancelado a París con destino al hotel en Retiro, si son tan amables, por favor, por acá*.

Sonámbula, abordé el transfer y pasé el viaje de vuelta a la capital obstinada en perfeccionar ese plan absurdo. Los contornos de la ruta que había recorrido en dirección contraria a la mañana se desdibujaban azules hasta enterrarse grises en el campo, mientras los focos del alumbrado entraban y salían como fognazos por las ventanas, rebotando en las caras de los pasajeros cansados. La mayoría iba en silencio, se oía apenas la conversación apagada del conductor con su acompañante, y de fondo las crepitaciones de un tango viejo en la radio. Los nombres del camino también retrocedían: Ezeiza, Ricchieri, Dellepiane, 25 de Mayo. No pude evitar la sensación de que viajábamos a la inversa. Cuando nos desviamos de la autopista y tomamos el Bajo, con una maniobra un tanto brusca, me contuve una vez más por no cambiar de propósito. En la penumbra del segundo asiento, inspiré y escribí, borré y reescribí, volví a borrar una parte y medité, luego dejé salir:

Air France no voló a París por una tormenta en Francia. Pude embarcar en el último a Barcelona, desde ahí sigo en tren. Aviso cuando llegue a casa.

Mandé el mismo mensaje a Juan y al grupo que comparo con papá y mis hermanos. Fue un acierto haber impedido que me llevaran temprano al aeropuerto; tuve que insistir, como todas las veces previas, tomar un taxi. Son tercos pero

los convencí: una cosa es la alegría de que te vayan a recibir cuando aterrizás después de meses sin vernos y otra muy diferente es que te expatrien en la puerta de salidas, cada uno encapsulado en su propia tristeza, procurando no llorar y sin saber qué decir.

Las respuestas se agolparon en el chat:

Te hubieras quedado, esperabas acá...

Pasanos el número de vuelo, los horarios, si hacés escala...

Eso ya no contesté. Con un alfiler de gancho y destreza quirúrgica, saqué el chip argentino del teléfono que me puso mi hermano para llamadas locales apenas desembarqué hace menos de un mes. Dejé solamente la línea francesa y lo apagué por unas trece horas, las que duraría el viaje y las que pretendía descansar.

Cuando la combi estacionó, a pesar de estar sentada adelante, fui la última en salir. En procesión bajaron, bajé, tomé la valija, agradecí distraída, inaudible, avancé unos pasos como si alguien me empujara sutil, con el peso embolsado de la humedad sobre los hombros. Había en el aire ese perfume a verano: restos de sol tardío, leña, carbón, jardín regado y, desde algún sitio lejano, aquel olor inconfundible a pasto quemado. Me detuve a incorporarlo: era infancia, le hablaba al cuerpo.

Como cualquier habitante de la capital, había estado en esa zona del centro, o pasado de camino a otro lado, incontables veces; sin embargo, cuando levanté la vista ante el hotel, me sentí perdida. Quizás porque había hecho todo el trayecto convencida de que nos alojarían en el Sheraton, una torre espejada imponente, súper neutra, de veintitantos pisos, o también porque no tenía el menor registro de este otro edificio llamativo y sensiblemente más bajo, ubicado ahí, en un lateral trasero de la misma plaza. En realidad, para su arquitectura modernista era bastante alto, sin por eso dejar de ser ancho, tipo palacete. Tendría, calculé a simple vista, unos ocho niveles más una especie de terraza o mirador con cúpula, con lo que

resultaba apenas más alto y menos ancho que la Casa Milà de Gaudí, por comparar con algo.

El estilo Art Nouveau estaba claro por la fachada de piedra color ¿ocre? (la mezcla de luces artificiales y sombras proyectadas sobre el frente me impedían definirlo), en una estructura repleta de curvas y movimiento que hacía pensar en una gran cara deforme, como si hubiera sido moldeada a mano. Las ventanas —unas ocho por piso—, todas extravagantes, variaban los diseños. Las dos principales del centro estaban enmarcadas en miradores muy protagónicos, con vidrio emplomado y vitrales en la parte superior; del resto, había algunas triangulares junto a otras rectangulares, arqueadas arriba y contenidas por marcos moldurados en la propia piedra, repletos de volutas, sinuosidades y figuras vegetales enruladas sobre sí o disparadas en todas direcciones. En los dos últimos pisos se destacaban algunos balcones con rejas de hierro forjado negro, y a esa altura final, en medio del edificio, un espectacular vitral de colores; justo encima cobraba forma una torre compacta que culminaba en una cúpula sugerente pero no voluminosa. Encendidas por dentro, las luces del edificio lo hacían resplandecer como una especie de heliodoro sobrenatural. Entre los dos miradores, una máscara sellaba y presidía la obra, y a cada costado, dos águilas con las alas extendidas parecían custodiarlo. No alcanzaba a distinguir de qué personaje se trataba —sería el típico dios mitológico—, ni tampoco lograba descifrar qué ponía la inscripción justo debajo, grabada en el mismo material.

Cuatro escalones semicirculares conducían al interior a través de la puerta doble, alrededor de la cual la misma mampostería se enroscaba en un sinfín de torsiones botánicas, mientras que sobre el vidrio crecían unos ramos de espigas frontales en bronce. HOTEL DE EUROPA, decía en letras doradas sobre el vidrio de la izquierda, con tipografía de época, encima de un dibujo de tres estrellas un tanto despintadas. Desde fuera, en

medio del hall se veía una araña de cristal con luz débil (como si no le funcionaran todas las bombitas), colgando encima de una mesa circular de madera sobre la que reinaba un arreglo floral desproporcionadamente grande. Enseguida noté que las columnas a ambos lados de la entrada reflejaban zonas descascaradas y había signos de una vieja humedad.

Retirado de la línea de calle, el edificio estaba antecedido por una rampa para vehículos, y había otra al costado para carritos de bebé o sillas de ruedas. Hacia ambos lados se extendía una franja ajardinada con parches de césped, algunos bancos y faroles centenarios. Los focos enterrados en la grava naranja contribuían a producir un juego de sombras chinas contra los muros, amplificando y desfigurando los modelos reales. Entremezclado con los árboles, me pareció ver uno de los carteles azules que suelen llevar el nombre de la calle o la plaza, pero no tuve ganas de caminar esos metros para ver qué decía.

La construcción debía, sí o sí, ser reciente. Sin embargo, era tan perfectamente antigua, estaba tan bien conseguido el efecto modernista original... ¿O había estado siempre ahí y yo nunca lo había visto? Quizás se trataba de un edificio viejo, abandonado, derruido, que había sido reconvertido en este último tiempo. Estuve unos minutos absorta: ¿qué había antes ahí? Hasta donde recordaba, una serie de puestitos descuajeringados, armados precariamente con paredes de lata y letreros de Coca-Cola, que oficiaban de venta de bebidas y tortas fritas o choripanes asados sobre unas parrillas rodeadas de mucho humo, además de kioscos de baratijas. De pronto no estaba segura. Lo que fuera había sido barrido por este hotel con aires de castillo francés o catalán, explayado a lo alto y a lo ancho, como si lo hubieran colocado con una grúa de efectos especiales durante la tarde, en aquella vereda posterior, de espaldas al río.

Cuando, después de haber guiado a los pasajeros hasta la recepción, el conductor pasó al lado mío para volver a la combi,

le pregunté: ¿El hotel es nuevo? O creí preguntarle, porque no me respondió, siguió de largo silbando, subió, arrancó el motor y partió. Cierto es que esa cuadra —que conecta por detrás el extremo final del Sheraton con la estación de trenes— resulta invisible desde la avenida del Libertador, por donde circula el tráfico intenso; la Torre de los Ingleses, monumento principal de la plaza, rodeada por árboles añosos, la tapa por completo. Habría pasado por ahí mil veces sin registrarlo, algo que se hace a menudo con la ciudad que es de uno: andamos como dándolo todo por sentado y descartando la necesidad de explorarla.

El contraste entre el calor de afuera y el clima frío del hotel se hizo notar apenas crucé la puerta. Una bocanada de esencia de vainilla, esquivarlas plateadas y extracto de *piano-lounge* me recibió como una ola aterciopelada, sentí el efecto del bautismo: ahí adentro nada se parecía a nada, del otro lado quedaba la apariencia de lo real. Jugar a eso, sumergirse en el Leteo vidriado, unos días. Ahí sería nadie, un artificio. Podía comportarme como un yo vacío, un yo memoria de agua, alguien distinta: encarnaría una suerte de trampantojo de mí misma, igual que cuando interpreto en teatro.

Hecho el trámite con el pasaporte extranjero, la cadera siguió a la valija conducida por la mano, las rodillas obedecieron y los pies enfilaron hasta el ascensor como si no me pertenecieran. Botón 5, dejé que me engullera la isla ficticia. Mientras en la fantasía de los que me adoran había salido despedida hacia ese continente indefinido que es el cielo, yo entraba de incógnito en esta mansión anacrónica a escasos kilómetros de ellos. Había pasado de una altura a otra sin tocar el suelo, acababa de volverme inalcanzable, cenital. Forastera en mi propia tierra.

Vos mentirosa. Mentirosa no, intrigante.

*

Despejada la zona de otros edificios inmediatos, la mirada se hunde y se abisma en el pozo de la noche. Desde el quinto piso, a esta hora, las luces de Buenos Aires se ven como un montón de perlas de gel flotando en un cuenco negro. Podría quedarme días observando ese parpadeo leve y errático sobre una imagen que parece una foto. Enseguida el cara a cara con mi ciudad tan ajena me sensibiliza, siento que no voy a resistirlo, estoy a nada de hacer un bollo con la farsa, tirarla a la basura, correr a casa; sin embargo, continúo plantada ahí, frente al observatorio donde la Torre de los Ingleses es la protagonista. En perspectiva, hacia arriba, su gran ojo —el reloj ciclópeo, solemne, resaltado por una iluminación violeta y amarilla muy extraña— se alza como un vecino inesperado, terriblemente próximo, produce la ilusión de poder tocarlo, hablar con él. Ofrece la sociedad de sus cifras a mi condición aislada. Una corte de árboles insomnes alrededor lo vigila y le rinde pleitesía. Siendo mi familia materna de origen angloargentino, es curioso que me haya tocado este recordatorio. Interpreto como un gesto irónico —¿o una señal?— que me hayan adjudicado, con este cuarto, ese centinela: las agujas avanzan en su ritmo onírico mientras nos vemos obligados a esperar en esta atalaya irreal. El tictac de las venas subrayando la ausencia de mamá, diez años sin ella, penoso antianiversario.

Decidí apuntar todo mientras dure el retiro: detallaré la crónica de mi desaparición. Tras una ducha veloz, me siento a escribir en el escritorio octogonal, junto a la ventana. Dos por tres me distrae la negrura porteña, hago el ejercicio de recordarme que esta es mi ciudad, ¿es mi ciudad? La idea se me desdobra: es y no es al mismo tiempo. Mirar a través de los marcos de esta ventana con bordes oscilantes, sumida en esta decoración fabulesca, tampoco ayuda. Es y podría no ser, según cómo le dé el reflejo interior. *Esynoes*, en cualquier caso, debería incorporarse como tercer estamento de lo real.

Qué luces tendrá encendidas en su departamento papá, un montón de plazas y edificios más allá, varios barrios de por medio; puedo visualizarlo anclado en su sofá, enfrascado en la lectura metódica de algún libro de historia o del diario, quizás el tercero que explora buscando cargar de sucesos sus días pasivos, pacientes, apaisados.

El hambre se deja oír con persistencia. Podría salir a comprar algo en un kiosco de la calle, cruzar a la estación o dar el paso indeseado de sentarme en el comedor del entresuelo donde indicaron que servirán desayunos, almuerzos, cenas —también la de la llegada—, pensión completa costada por la aerolínea debido a la suspensión del vuelo. Como estoy agotada y prefiero pasar desapercibida a mis compañeros de no-viaje, resuelvo contentarme con una barrita de cereales que tiré en el bolsillo de la valija para emergencias, una manzana hibernada en el fondo de la mochila y un té con los implementos del minibar.

Cuaderno en mano, fuerzo el cuerpo entre las sábanas tiesas de tan limpias; muevo las piernas en forma de hélices hasta casi agotar los rincones frescos de la cama. La luz opaca de la lámpara en el espejo antiguo hace que el pelo rojo, oscurecido por el agua, se vea como manojos de algas moradas estampados sobre la almohada. Cabeza de medusa, vos peligrosa. Vos que ya no fumás pero tenés la mente arbitrada por hilanderas de humo.

Estos días en el hotel —no se sabe cuántos, hay que estar a la espera de una nota que llegará por debajo de la puerta comunicando un nuevo momento de salida— tendrán que servir como un paréntesis, una inmersión vertical dentro de mí misma, para dejar aclaradas las preguntas que me vienen fatigando la existencia y la relación con Juan. Cuando ese papel membretado se deslice sobre mi lado de la alfombra y la valija cruce al otro lado del umbral, sí o sí deberías haber elegido. No se sabe cuántos, medito: en un no lugar como este, el tiempo es definitivamente distinto. Como en la música.

Nacer, ese acto tan involuntario,
vuelve doblemente involuntario
el dónde haya ocurrido.